

de mujer ofrecía los catálogos y anuncios de los productos expuestos.

Al fondo de la más amplia de las naves, hay una instalación sericícola de la Comisaría Regia de la Seda; rodeada de muestras y productos sederos, funciona en el centro la máquina de hilar manipulada por tres obreras; son obreras murcianas, dos mujeres y una garrida moza de quince abriles. Absortas en su labor, solo atienden a su incansable trajín haciendo funcionar, con singular destreza, los cepillos circulares: y quemando sus manos en el agua humeante, buscan, encuentran y enhebran el fino hilo de oro. La gente se detiene y agrupa, con la curiosidad más simpática, ante aquél cuadro vivo de trabajo fecundo y atrayente.

Paseábamos por entre los macizos de flores de la Exposición, alarde magnífico del arte de la jardinería catalana, donde las legiones de claveles y rosas rinden guardia de honor a las aristocráticas orquideas, cuando unos agudos silbatos han anunciado el término de la sesión. Se despueblan los andenes y empiezan a apagarse las lámparas. Por uno de los andadores laterales tres mujeres avanzan; la más joven, casi niña, sencilla y pulcramente vestida, luce en sus andares todo el garbo incipiente de la hijuelera gentil, de la operaria huer-

